

▣ INCREDULIDAD

Vivimos en una sociedad descristianizada en la que reina la incredulidad. La gente vive como si Dios no existiera, incluso es rechazado abiertamente. Quizá el fallo parte de una mala evangelización, pues la gente nunca ha experimentado el amor de Dios ni se han sentido «liberados de la esclavitud del pecado» (oración colecta) ni partícipes «de la vida del reino glorioso» (oración sobre las ofrendas).

La religión se ha convertido a veces más en una ideología que en un estilo de vida, pues falta un encuentro personal con Cristo que transforma la existencia. La segunda lectura de este domingo nos presenta a san Pablo como un ejemplo al respecto, pues tiene en el centro de su vida a Jesucristo y todo lo demás lo considera basura. Y es capaz de dar incluso su vida por el evangelio: «Vivo contento en medio de mis debilidades, de los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo». Para manifestar que nosotros también consideramos a Jesús como el camino de nuestra vida podríamos emplear la Plegaria eucarística para diversas circunstancias III titulada *Jesús, camino hacia el Padre*.

▣ RECHAZO

Las lecturas de este domingo nos hablan de rechazo. Concretamente la primera lectura y el evangelio.

Ezequiel no va a gozar de éxito, pues el pueblo al que dirige su mensaje es un «pueblo rebelde» cuyos «hijos son testarudos y obstinados». Estos no hacen caso a las palabras del profeta porque denuncian la situación pecaminosa en la que viven habiendo abandonado la alianza de Dios. En definitiva, les incomoda el mensaje de Ezequiel y este, como ocurrió con otros profetas, no es aceptado por el pueblo de Israel.

En el evangelio son los paisanos de Jesús quienes le rechazan porque se extrañan de la sabiduría de quien para ellos es «el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón». Jesús no procede como ellos desean, no actúa según el patrón que le corresponde. De tal modo que, como se sale de la plantilla que tienen preconcebida sobre él, lo desprecian. También nosotros mismos, por una parte, de alguna manera podemos rechazar a Jesús. Así podemos arrinconar determinadas palabras o exigencias suyas porque nos resultan incómodas. O, al igual que el pueblo de Israel hacía con los profetas, no lo acogemos porque no nos gusta lo que nos dice.

Y, por otra parte, podemos repetir igualmente las mismas actitudes de los paisanos de Jesús. Nos hemos forjado una idea de Dios, tenemos diseñado qué debe hacer y qué no debe hacer Dios en nuestra vida o en el mundo, y cuando su proceder no se ajusta a nuestro cliché lo dejamos de lado, pensando que quien se equivoca es Dios y no nosotros.

▣ INICIO DE LAS VACACIONES

Nos hemos adentrado en el mes de julio, inicio del periodo vacacional para algunos que se prolongará en el próximo mes de agosto también. Esto significa que se puede producir un traslado de algunos de los fieles habituales a otros lugares, que deberían sentirse acogidos en las iglesias donde participan a las celebraciones en su tiempo vacacional: quizá sea necesario tener un servicio de acogida a la entrada, incluso ofrecer la liturgia de la palabra u otros textos en otros idiomas cuando estos procedan de otros países, hacer alguna mención en la monición de inicial, incluso en otras lenguas si fuera necesario, o incluir una petición que recuerde a los que están de viaje.

Aquellas comunidades que, por el contrario, sientan que disminuye su número al marchar algunos de sus integrantes a otros sitios para sus vacaciones, no deberían desmotivarse, sino seguir preparando cuidadosamente la celebración.

▣ JORNADA DE RESPONSABILIDAD DEL TRÁFICO

Hoy celebramos la Jornada de Responsabilidad del Tráfico. Como hemos mencionado, la época veraniega es el tiempo de las vacaciones y, consecuentemente, de los desplazamientos en carretera. Es por ello que la Iglesia nos pide que recemos por los que están de viaje; podría ser en la oración de los fieles. Además, puede haber una elusión al respecto en la monición de entrada y en la homilía.

* * *

Dado que es un pamplonica quien escribe estas líneas, no puedo menos que terminar recordando que en mi tierra hoy celebramos a san Fermín, venerado como el primer obispo de Pamplona que marchó a evangelizar las Galias sufriendo el martirio en Amiens por mantenerse fiel al Evangelio. A pesar de que universalmente ha trascendido más por sus fiestas que por su persona, que su ejemplo nos estimule en este mundo donde reina la incredulidad y el rechazo religioso a seguir con decisión a Jesucristo, anunciarlo en nuestro entorno y mantenernos firmes en la fe a pesar de las contrariedades.

JOSÉ ANTONIO GOÑI

1 lectura: Ezequiel 2,2-5

Son un pueblo rebelde y reconocerán que hubo un profeta en medio de ellos.

Tras la profusa y detallada descripción de una visión de la trascendencia de Dios (Ez 1,4-28), el profeta Ezequiel comienza en este pasaje la narración de su vocación. Se trata de una experiencia personal que describe en forma autobiográfica, es decir, en primera persona. Una voz, que se identificará más adelante con la de Dios, le encomienda una misión: comunicar a los hijos de Israel la palabra del Señor. El pueblo es calificado de rebelde de manera reiterada y despectiva. No se indica el contenido de lo que el profeta ha de proclamar; tan solo se le está exigiendo una actitud de obediencia a la palabra recibida y el compromiso de anunciarla. Tampoco se augura que vaya a tener éxito, pues se respeta ante todo la libertad del pueblo:

«escuchen o no, sabrán que ha habido un profeta entre ellos». El salmo 122 con él se responde a esta lectura, recoge la oración de un creyente piadoso que se sabe el blanco de desprecios y sarcasmos por parte de poderosos y autosuficientes. Desde ahí eleva una súplica por sí mismo y por la comunidad, pues pasa de la expresión «mis ojos» a «nuestros ojos». Son pocas las palabras que emplea; más bien, ora con el cuerpo: la mirada, las manos, el gesto, la inclinación de Dios hacia quien está siendo humillado. El motivo de la oración y su esperanza se intensifica y repite a lo largo de todo el salmo. Es una oración sostenida de quien reconoce en Dios una mano benefactora y confía en su acción misericordiosa.

2 lectura: 2 Corintios 12,7b-10

Me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo.

El texto pertenece a un fragmento de la carta donde Pablo hace una autodefensa ante aquellos que cuestionan la misión que está llevando a cabo y su propia autoridad apostólica (2Cor 10,1-13,10). A lo largo de estos capítulos, no solo es el autor, sino también el centro del discurso. Estos versículos se sitúan en el trasfondo de este contexto y tras haber reseñado Pablo una serie de visio-

nes y revelaciones de las que puede «gloriarse» (2Cor 12,1-7a). Aquí se produce un cambio en el discurso y, para resaltar su defensa, comienza a emplear un lenguaje paradójico en el que acepta su condición de debilidad. De este modo, refuerza la antítesis debilidad-potencia, situando lo primero en sí mismo y lo segundo en Dios, que es quien respalda su actividad y su autenticidad como apóstol.

tol. Pablo no indica en qué consiste esta experiencia de debilidad de la que habla. Por otro lado, señala que, de forma insistente, ha pedido a Dios que le libere de ella. Su petición no fue escuchada, pero sí explicada: «La fuerza se realiza en la debilidad». Ante ello, la respuesta de Pablo es una afirmación de su disponibilidad para gloriarse en sus

debilidades, pues así se manifestará la fuerza de Cristo. Gloriarse en su flaqueza es gloriarse de la presencia poderosa de Cristo que actúa en él. El pasaje termina evocando una serie de situaciones adversas que ha presentado anteriormente (2Cor 11,23-33) y volviendo a la paradoja débil-fuerte, esta vez como sujeto de ambos calificativos.

3lectura: Marcos 6,1-6

No desprecian a un profeta más que en su tierra.

La escena recoge el rechazo de Jesús entre sus conciudadanos. Tras haber desplegado una intensa tarea recorriendo Galilea, regresa con sus discípulos a su ciudad de origen, Nazaret, y es invitado a predicar en la sinagoga durante la celebración del sábado. Su enseñanza provoca, a la vez, admiración y asombro. El cuestionamiento de sus vecinos se centra en el origen de su autoridad para enseñar que, en aquella época, guardaba estrecha relación con su honorabilidad. De ahí que las preguntas que se hacen se refieran a su familia, su lugar de nacimiento y la educación recibida, pues de ello dependía el honor heredado y, por tanto, que Jesús tuviera o no que ser escuchado. Sus paisanos saben bien que descende de una familia que parece tener poco valor y que es

un artesano, no un maestro. Lo están interpretando desde su patria, dentro de los límites conocidos y de las categorías de aceptación otorgadas. Pero el evangelista propone aquí otro modo de concebir el honor, estableciendo un proceso de inversión significativo. Jesús ha llegado de fuera con su «nueva familia» de discípulos (Mc 3,33-35), cuyo criterio de pertenencia no es la sangre, sino hacer la voluntad del Padre. Desde ahí se sitúa en línea con la tradición profética. Jesús ha roto con los moldes de aceptación establecidos, pero sus vecinos no han comprendido. Quieren encerrarlo en sus propias estructuras. Jesús se asombra de su falta de fe y no hace milagros allí, si bien esto no se presenta como una decisión tajante. Pero no puede actuar si no hay fe.

ANA RODRÍGUEZ LÁIZ

- *(Nosotros conocemos a Jesús)*

El evangelio nos presenta a Jesús en su pueblo de Nazaret para llevar a los suyos la Buena Nueva del Reino. Pero sus conciudadanos se sorprendieron con Él y se extrañaron con sus palabras y obras. Podemos decir que sabían quién era, pero no lo conocían del todo. Sabían de su madre, de José, el esposo de María, de las amistades y de su trabajo en el taller, pero no lo conocían profundamente, por eso se preguntan: «¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es esa que le ha sido dada? ¿Y esos milagros que realizan sus manos?».

Estaban convencidos de que conocían a Jesús y, precisamente por eso, no lo escucharon, le reprocharon y lo rechazaron, tal y como Ezequiel profetizaba en la primera lectura: «Los hijos son testarudos y obstinados». La poca fe de los nazarenos hizo imposible que Jesús obrara prodigio alguno entre ellos, salvo de algunos enfermos que curó como signo de que el Reino de Dios también estaba en medio de ellos.

Hermanos, podemos decir que nosotros sí conocemos a Jesús. Aunque no sabemos nada de su adolescencia y juventud, podemos afirmar que lo conocemos totalmente, sabemos de dónde viene y qué ha hecho. Conocemos sus palabras y sus milagros. Sabemos que su muerte es redentora y que la resurrección nos ha hecho también a nosotros resucitados en medio de nuestro mundo.

Si la presencia de Jesús resultó incómoda en su pueblo, su presencia en medio de nosotros nos llena de alegría. Durante la semana vivimos el cansancio y las preocupaciones de todos los días. Y hoy, domingo, en la iglesia, tenemos el gozo de encontrarnos los hermanos reunidos y, en medio de nosotros, la presencia de Jesús resucitado, que nos habla con su palabra llena de vida y se nos da en su cuerpo para que nosotros vivamos las actitudes del Evangelio.

- *(Conocer a Jesús nos lleva a intimar con él)*

Pero el conocimiento de Jesús no puede quedarse en una ilustración de su vida, de sus palabras, sino que debe llevarnos a una nueva vida, a una vida según sus caminos y según su voluntad. Conocerlo significa dejarnos envolver por su misterio de muerte y de resurrección, por su vida nueva y por su amor.

Hermanos, debemos conocer más a Jesús, es necesario que lo interioricemos más en nuestra vida y que nos sea más familiar. Los habitantes de Nazaret no pasaron de saber quiénes eran sus familiares, su oficio y su presencia en Nazaret en los años de juventud. Nosotros podemos conocerlo aún más y podemos intimar con él. Lo conocemos por los evangelios que cuatro plumas nos han dejado y que proclamamos en cada Eucaristía. Lo tenemos en nuestro Nuevo Testamento y en nuestras Biblias. Podemos leerlo, pero todavía podemos intimar más con él cuando de esta lectura hacemos oración y contemplación. Así conocemos a Jesús de verdad.

- *(María conoce verdaderamente quién es su hijo)*

Hagamos ahora un pequeño ejercicio. Imaginémonos el pueblo de Nazaret: una aldea con varias casas. Y sus habitantes rodeando a Jesús en la sinagoga o ya en medio de la plaza. Imaginémonos las caras de desconfianza de los hombres y mujeres de esa población. Imaginémonos también la cara de sorpresa de María. No dice nada, pero lo guarda y lo medita todo en su corazón.

Podemos decir que María comienza hoy la pasión con el rechazo que sus vecinos hacen a su hijo. Aún no le han hecho ningún daño físico, pero a la Virgen María se le clava una espada en su corazón cuando ve que sus vecinos, con los que compartía la vida en Nazaret, no aceptan a su hijo. Lo quieren como hijo del carpintero, pero nada más; y ella sabe que el fruto bendito de sus entrañas es obra del Espíritu Santo, que es hijo del Altísimo y vive con sufrimiento ese rechazo y desprecio.

Aunque María no dice nada, en el fondo de su corazón experimenta una alegría inmensa porque tiene la esperanza de que muchos, aunque sus vecinos no lo acepten, muchos sí que lo harán y querrán vivir su Evangelio. Entre estos nos encontramos nosotros.

Imaginémonoslo, Jesús no hace ningún discurso, sencillamente pasa en medio de ellos e irá a otros lugares a anunciar que el Reino de Dios está cerca y que, de hecho, ya está en medio de ellos. Aunque curará a unos enfermos en su pueblo, esto no convertirá a sus conciudadanos, que se quedarán solo con «el hijo de carpintero», mientras nosotros hoy nuevamente proclamamos y celebramos que Jesús de Nazaret, el hijo del carpintero, es el Señor de la gloria y vive y reina por los siglos de los siglos.

JORDI FIGUERAS I JOVÉ

Ritos iniciales

La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo, el Señor, estén con todos vosotros.

(– Escuchemos al Señor en esta Eucaristía: él nos habla al corazón; y renovemos nuestra vida con la gracia de su Espíritu.

– Dios no nos obliga a aceptar su amor, respeta nuestra libertad humana, no se impone, pero no deja de amarnos y buscarnos).

A. penitencial: Pongámonos en silencio ante Dios. (*Silencio*).

- Tú, que nos amas infinitamente. SEÑOR, TEN PIEDAD.
- Tú, que nos acoges con ternura y nos das tu perdón. CRISTO, TEN PIEDAD.
- Tú, que nos llenas de gracia y fortaleza. SEÑOR, TEN PIEDAD.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Gloria

Colecta: Oremos (*pausa*). Oh, Dios, que en la humillación de tu Hijo levantaste a la humanidad caída, concede a tus fieles una santa alegría, para que disfruten del gozo eterno los que liberaste de la esclavitud del pecado. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Liturgia de la Palabra

1. *lectura (Ezequiel 2,2-5)*: Escuchemos, en esta primera lectura, una llamada exigente del profeta Ezequiel al pueblo de Israel, que se dirige también a todos nosotros.



2. *lectura (2 Corintios 12,7-10)*: San Pablo nos habla de sus debilidades, porque en la debilidad se muestra la fuerza de Dios.

Oración universal: Oremos a Jesús, verdadera sabiduría y verdadero esclarecimiento del misterio del ser humano. Oremos diciendo: ESCÚCHANOS, SEÑOR.

1. Por la Iglesia. Que nuestra fe aumente día tras día con la certeza de la resurrección del Señor. OREMOS:
2. Por los gobernantes, por su conversión y la nuestra. Que todos reconozcamos quiénes el verdadero camino, verdad y vida. OREMOS:
3. Por todas nuestras necesidades, inquietudes, deseos y dolores. Que el Señor las escuche y nos demos cuenta de que solo Él nos ofrece una respuesta plena. OREMOS:
4. Por los conductores, especialmente en estos días de vacaciones. OREMOS:
5. Por... OREMOS:
6. Por todos nosotros, reunidos hoy domingo en la iglesia. Que vivamos siempre a la luz de la Palabra hecha hombre. OREMOS:

Escucha, Jesús, la oración de tu pueblo, y vierte en nuestros corazones tu gracia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Liturgia de la Eucaristía

Oración sobre las ofrendas (PÁG. 395 MISAL)

Prefacio dominical V (PÁG. 478 MISAL)

Padrenuestro: Fieles a la enseñanza del Señor, sintiéndonos todos hermanos, llenos de confianza nos dirigimos al Padre del cielo diciendo:

Poscomunión: Oremos (*pausa*). Colmados de tan grandes bienes, concédenos, Señor, alcanzar los dones de la salvación y no cesar nunca en tu alabanza. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rito de conclusión

Despedida: Glorificad al Señor con vuestra vida. Podéis ir en paz.

SUGERENCIAS PARA LOS CANTOS

Entrada: Jesucristo es el mismo ayer y hoy, MD 10-2 (610-2) / CLN A16; Señor, tú eres mi refugio, MD 28 (628-1) / CLN 701; Aclama al Señor tierra entera, MD 239 (839) / CLN 517; Venid, aclamemos al Señor, MD 1-2 (601-2) / CLN A14.

Responsorial: *Nuestros ojos están en el Señor, LS; A ti levanto mis ojos, MD 241 (841) / CLN 526.

Aleluya: MD C4 / CLN E4.

Comunión: Gustad y ved, MD 245 (845) y MD 234 (834) / CLN 518; Donde hay caridad y amor, MD 179 (779-1) / CLN O26; Os doy un nuevo mandato, MD 70 (670) / CLN 729; Una espiga, MD 173 (773) / CLN O17.

Final: Después del envío («Podéis ir en paz»), según la costumbre del lugar, se puede entonar un canto devocional mariano.

Con licencia eclesiástica